

1997

Sueño atrasado

Luis Dominguez Vial

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Vial, Luis Dominguez (Otoño-Primavera 1997) "Sueño atrasado," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 46, Article 25.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss46/25>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Luis Domínguez Vial

SUEÑO ATRASADO

1

La Singa ha llevado mala vida. Como no tiene hijos y su belleza aumenta, aquello resulta más grave. Asimismo, la madre, la señorita del correo, a su tiempo, “tuvo el diablo en el cuerpo”, recuerdan las comadres del pueblo. Entonces, Graciela parió su hija ilegítima, la Singa. Ahora con la hija es diferente, sostienen las comadres; hay que reconocer que Graciela sufrió harto y pagó cara su deshonra. La Singa ha llevado mala vida sin problemas. Eso no se perdona fácilmente. A la Singa no parece importarle la opinión ajena y, lo que es peor, no muestra ningún propósito de enmienda. Al pasar caminando así, con su andar altivo, exaspera a las mujeres honestas del pueblo. Estas no le quitan el saludo, porque su deber no es desentenderse. Tampoco la saludan como a todo el mundo, sino con un hincapié, como si estuvieran diciéndole: Buenos días una vez más, desvergonzada. Su nombre es Alicia, mas han persistido en llamarla “Singa”.

Los Sandoval fueron los dueños del almacén más importante tiempo atrás: ABARROTES SINGAPUR. La melancólica tenacidad de las lluvias del sur en conjunción con la decadencia del negocio fueron pudriendo el letrero y borrarón la última sílaba. Sólo puede leerse ya: ABARROTES SINGA, de ahí el sobrenombre. Tras haberse cerrado las puertas del emporio, aquel ABARROTES SINGA ha quedado ahí, en el deteriorado edificio, como una rúbrica postrera, cargada de fatalidad, de acuerdo con las comadres. Para ellas, la Singa fue la ruina del último dueño, el difunto Mario Sandoval.

2

“La Singa ha sido siempre descarada”, dicen a menudo. Se refieren a que, no obstante su ilegitimidad, camina erguida, con una dignidad imprevista. Desde sus años de escuela, Alicia mantiene tal predicamento, quizás gracias a su porte y belleza, o a los esfuerzos de su madre para que su origen no pese en ella.

La procedencia de Alicia no fue suficiente para apartar de ella a los jóvenes. Como acontece, los mayores no lograron disuadirlos. Pronto ella

fue la más popular de las muchachas. Cuando Mario Sandoval empezó a cortejarla, sus padres le propusieron que buscara novia en otros ámbitos. Era tarde; luego de una larga y violenta discusión, los papás de Mario tuvieron que recoger al hijo de una mesa del bar Metropol, donde éste ahogaba sus penas. Los Sandoval capitularon y Mario se casó con Alicia. Ahora, él bebió de contento.

En esos días, el matrimonio de un Sandoval era “el acontecimiento” del pueblo. Graciela estiró su salario para coserle un vestido de novia a su hija. Esta fue comparada con Cenicienta: de súbito parecía de otro mundo.

3

Hay quienes aseveran que los adulterios de la Singa empujaron a Mario a la bebida. Otros recuerdan que Mario solía emborracharse desde que tenía quince años. Hoy no faltan los que sostienen convincentemente que la ebriedad de Mario provocó la infidelidad de Alicia. En la fiesta del matrimonio Mario durmió una buena siesta debajo de la mesa. Las comadres replican: “Pero la Singa era coqueta desde antes, desde antes de todo eso”.

La felicidad de la pareja, si la hubo, fue breve. En seguida, Mario Sandoval estuvo de ordinario beodo y su esposa requebrada con desenfado y obstinación por los clientes de la tienda. La belleza ingenua de Alicia principió a estilizarse. Semejó crecer; se acinturó y se marcaron con suavidad sus formas. A la tienda llegaron hombres de otros lugares y pueblos bastante apartados. Hasta hubo algunos que hablaban un poco distinto. Las comadres aún recuerdan lo enamorado que había estado el pobre Mario y culpan a la Singa de su ruina. Los pro hombres miran hacia la altura diciendo: “Ella era demasiado mujer para el Marito”.

Los más jóvenes reñían por ella. Estas querellas no duraban, porque la Singa trataba a todos de igual manera. Sin mantener sus preferencias, rápido se desengañaba de los amantes y los dejaba. Ninguno lograba reinar en su corazón. Esto lo sabían muy bien aquellos galanes que, al caer la noche, consumían botellas de vino, acodados en una mesa del Metropol. No se puede acusar a la Singa de embolismar a los hombres, porque, al contrario, los había unido en la misma apatencia y, más tarde, en la misma languidez y pesadumbre.

4

Una mañana temprano, la Singa y Mario, cariacontecidos, caminaron hacia la estación. El se veía pálido y demacrado; ella cargaba la maleta. “Tomaron el expreso para el norte”, informó el guardavía.

En su oficina de correos y telégrafos, Graciela reveló que Alicia llevaba a su marido al hospital, porque éste adolecía de cirrosis hepática.

Tuvo que explicar a las comadres que no se trataba de una enfermedad adquirida por él a través del contagio sino debida a su alcoholismo. A pesar del esclarecimiento, varias mujeres salieron del correo persignándose y hablando como si la Singa fuese la parca en persona. Los pro hombres en la esquina sonrieron por el colmillo al decir: “Ni para tomar tenfa aguante el Marito”.

Durante la ausencia de la pareja, los Sandoval cerraron definitivamente las puertas de Abarrotes Singapur. El podrido e incompleto letrero ha permanecido donde mismo, como ayuda memoria. La Pulperfa Araya, más limpia y moderna y con mayor variedad de mercaderías tiene hoy la clientela.

Días después del cierre, corrió la noticia de que Mario Sandoval había fallecido. Al Metropolitano alguien trajo un artículo de diario, un panegírico, que retrataba al difunto como un muchacho tesonero que trajo prosperidad al negocio. Ahí, en dicho artículo, llamaban a Mario “el extinto”, lo que intrigó a quienes estaban en el bar.

5

La Singa regresó más delgada y vestida de negro riguroso. “Comenzó su matrimonio de blanco y lo terminó de negro”, observó una comadre. Las otras miraron sorprendidas a la que así había hablado, como si la singularidad de este hecho mereciese una significación ulterior o simbolismo.

Alicia volvió a vivir con su madre, en una casa pequeña, junto a la oficina de correos y telégrafos. Acaba de cumplir veintidós años y parecía mayor, en particular si se hallaba absorta, lo que ocurría a menudo. Graciela hizo para ella una modesta fiesta, a la que invitó sólo a tres amigos: Florencio Camus, su sobrino Juan y la esposa de éste, Rosita Amaro. Comieron torta, sorbieron mate en torno al brasero y bailaron valsos de todos los tiempos, desde los vieneses a los criollos, gracias al tocadiscos que trajo Florencio. Así principiaron las reuniones que luego llamaron “tertulias”, las que, por la antigüedad de la música que ahí se oye, han sido consideradas muy respetables.

Alicia no ha sido una viuda alegre, ni tampoco una viuda triste; ella es una viuda ajena, reservada o aparte en definitiva. Nunca pareció confiar demasiado en las palabras, mas ahora es como si hubiese renunciado a ellas, salvo en casos de imperiosa necesidad. Ha ido haciéndose meditativa, soñadora tal vez, y da la impresión de estar constantemente pensando en algo remoto. Como su belleza aumenta y a su retorno estuvo más hermosa que cuando casada, los hombres continuaron atendiéndola, aunque de otro modo: le cedían el paso, abrían las puertas; tuvieron para con ella atenciones especiales. Pronto fue advirtiéndose que los hombres deseaban agradaarla y no sabían cómo, y la solicitud de sus miradas flotaban ante la joven en un inútil suspenso. Uno de los Araya de la pulperfa preguntó al agricultor Florencio Camus:

- Tú que la ves a menudo, ¿qué pasa con ella?
- Nada grave.
- Tiene tontos a los hombres de este pueblo.
- Ella no tiene a nadie; su madre, eso es todo.
- Es una manera de decir, Florencio. Los tipos andan locos por ella, se ve.
- Es una mujer muy atractiva que ninguno de ellos parece entender.
- Tú, la entiendes?
- Trato de hacerlo; a veces creo que sí.
- Los viudos se entienden.
- Posiblemente...

6

Quienes ahora se aproximaron a la viuda, pretendiéndola, no son del lugar. La han visto a ella en su condición presente, elusiva, y la han juzgado temerosa, desconfiada. Llegaron al pueblo por razones profesionales y cambiaron sus planes por motivos emocionales.

Narciso Martínez, abogado, a quien se encontraba en el pueblo los primeros miércoles de cada mes, comenzaron a topárselo jueves y viernes y fines de semana enteros, “sin nada que hacer”, como apuntó un Araya de la pulpería. Narciso se sumó a las tertulias que, durante el verano, se llevan a cabo en el patio. El abogado resultó un excelente bebedor del sorbete de guindas de Graciela. Además, encantó a todos con sus anécdotas judiciales. Narciso Martínez es simpático, ha estado en todas partes y no desprecia a nadie. A cada instante, reiteró, dejando en claro, que, según su experiencia, en el pueblo más modesto uno puede hallar a la gente mejor. Alicia no lo halló mejor a él, según parece. Narciso dejó de asistir a las tertulias y regresó a su antiguo calendario de los primeros miércoles. En el Metropol ha tenido recientemente un pugilato. Le habrían oído exclamar: “¡Este es un pueblo de mierda!”

Más afortunado fue el teniente de carabineros, Héctor Narváez, quien irrumpió en el pueblo conduciendo un jeep, el que luego frenaba ante la oficina de correos y telégrafos con imponente precisión. Héctor Narváez es alto, fuerte, apuesto y ha mostrado su intrepidez tanto en el trato con Alicia como al volante de su jeep. “Buen amante sacó la Singa”, decían las comadres al observar a la pareja en sendas cabalgaduras, alejándose de excursión por los campos, como dos equitadores de lujo. En las prevenciones del comadreo, la Singa inevitablemente terminaría como su madre, embarazada, y Héctor Narváez desaparecería en su jeep, tal como había venido, con la misma aceleración y aún mayor arranque.

Los pro hombres del pueblo han mirado aquel eventual idilio con optimismo. “Podría reconciliarnos con las fuerzas del orden”, murmuran sibilinos. El

pueblo está resentido contra tales fuerzas desde que ocurrió “la desgracia” o trágica muerte de Lucy, la esposa de Florencio Camus. Los pro hombres no necesitan ser explícitos, porque todos en el pueblo comprenden a que hecho de sangre se alude con tal resentimiento. Tampoco pueden ser muy explícitos porque, a pesar de haberse restablecido la democracia, siguen penándoles aquellos largo años en que toda reserva en esas materias resultaba insuficiente.

7

Después de la muerte de Mario y cierre de Abarrotes Singapur, los Sandoval han cortado todo contacto con Alicia y su madre. Dicha actitud constituye anatema entre los lugareños. Desde entonces, la modesta casa que habitan las dos mujeres parece más humilde y necesitada, como adaptándose a las nuevas circunstancias. Las escasas relaciones sociales que ambas tenían han sido reducidas más aún: siempre Florencio Camus y otros que a veces él acarrea. Aquellas tertulias iniciadas en el cumpleaños de Alicia han disimulado la inopia social de ambas mujeres.

Narciso Martínez fue encargado por los Sandoval de los asuntos legales de la herencia de Mario y liquidación del negocio. También le encargaron que dejase a la viuda al margen, o sea sin un céntimo. Tal fue su propósito, hasta que conoció a la viuda cuando fue a recabar su firma. Miró a Alicia y empezó a hablar de solucionar las cuestiones a entera satisfacción de todas las partes. El trato con la joven provocó en él un viraje, advertido luego por los Sandoval, a quienes el abogado debió aplacar con firmeza: “Perdonen, señores”, les dijo, “pero resulta que en este país hay leyes que regulan estas materias. No podemos defraudar impunemente a una viuda indefensa”. El más glorioso momento de Narciso Martínez en el pueblo quizás ha sido aquel: su llegada a la tertulia con un cheque por una cantidad considerable a nombre de Alicia. Ella todavía no entiende su derecho a ese dinero; él, muy rubicundo, ha empleado toda una tarde en explicarle y, desde entonces, no ha vuelto a estar tan cerca de ella.

La oficina de correos y telégrafos apenas importa a los pueblerinos, remisos para escribir cartas y sin razones suficientes para gastar en telegramas. Esta ha servido más a los agricultores del sector, quienes acuden por sus servicios con regularidad y objetivos netamente prácticos, sin ánimo de socializar. Florencio Camus o Floro, como lo llaman los amigos, es la excepción. Es un hombre de estatura regular, delgado, algo melancólico, de buena maneras que trata a las mujeres con finuras de otro tiempo. Viene a caballo o en un tñburi (que en el pueblo llaman “cabrita”). Al ser las dos mujeres abandonadas por sus relaciones sociales, Florencio ha ordenado las tareas en el fundo de manera que su sobrino Juan y la esposa de éste, Rosita, puedan asistir a las tertulias. Así, en invierno, a disfrutar el mate junto al brasero, a lo menos ha habido cinco.

8

Tras la muerte de Lucy, Florencio estuvo retraído por largo tiempo. Salfa de las casas de Los Olmos por razones de trabajo únicamente. Se llegó a creer que la tragedia le había hecho un misántropo por el resto de sus días. Las tertulias han sido su primera actividad social consistente. Para que así sea, han tenido que ver su probada amistad con Graciela y Alicia, muy mujer, más hermosa y ahora también viuda como él. Además, Florencio tiene una razón de proximidad especial para las dos mujeres: es el único íntimo amigo de Roberto Amaro, ex-amante de Graciela y padre de Alicia. Roberto ha estado por años en el exilio, y Florencio les trae noticias de él.

Después de un tiempo de dictadura, cuando a la región volvía la tranquilidad y confianza, se supo que los dos hermanos Amaro, vecinos de Florencio y opositores irreductibles al régimen, serían detenidos. Roberto y Arturo partieron cabalgando por los desfiladeros de la cordillera que muy bien conocían. Alicia fue entonces un niña de diez años y Graciela una mujer abandonada de casi treinta. Esta se culpaba por la ruptura con Roberto, mas fue con la ida de él al exilio que ella perdió la esperanza de componer su vida. Floro, todavía triston y a menudo taciturno, paradójicamente, ha revivido la esperanza en Graciela. El sólo puede proporcionarle brevísimas noticias de Roberto; aún éstas las dosifica para que, con cada una de sus visitas, ella tenga algo nuevo.

Recién nombrada en su puesto de correos y telégrafos y llegada al pueblo, Graciela se enamoró de Roberto Amaro y lo convirtió en su amante. “Bastante dinámica para sus cosas esta señorita del correo”, dijeron las comadres. No demoró tampoco en quedar embarazada y Roberto, muy joven, dijo con el poeta:

**Yo no lo quiero, Amada.
Para que nada nos amarre
que no nos una nada.**

Graciela pareció una buena moza señorita del correo, resignada a ser madre soltera, enamorada del hombre que la desgració. Todo dentro de un cierto orden hasta que conoció a Memo Ortiz, dueño de un garaje de reparaciones. El irresistible Memo Ortiz campeaba en esos días. Se había hecho una leyenda y las jóvenes del pueblo y alrededores se dividían en dos grandes grupos: las que deseaban redimir a Memo y las que simplemente querían saber como era. Como estaba entendido que Graciela pertenecía a un Amaro, su amorío con Memo fue un escándalo del cual, a los ojos de las comadres, la señorita del correo todavía no se repone.

9

Además de reparar automóviles, Memo Ortiz los compraba y vendía. Era habilísimo para dar buena presencia a cacharros que, sólo días atrás, se veían agonizando sin remedio.

— Dime, Memo, ¿éste es el mismo?

— El mismito... No te extrañes, el auto no estaba malo; lo habían cuidado mal que es diferente.

— Tú eres un mago... Nunca hubiera creído...

— Mira, apréndete esto, los autos son siempre mejores de lo que parecen, al contrario de lo que pasa con la gente.

Con sus grandes e infantiles ojos oscuros y su bella sonrisa torcida nunca hizo un mal negocio. Aunque sus clientes solieran ir prevenidos, con la mano agarrada a la chequera y murmurando: “A mí éste no me pasa gato por liebre”. Del local de Memo Ortiz salían seducidos, propietarios de su último cacharro maquillado.

La joya máxima era su automóvil personal, aquel en que Memo transitaba. Era un auto deportivo, convertible, el más vistoso que podía hallarse. A medida que fue progresando en su negocio, sus automóviles llegaron a ser un desvarío. Porque Memo no los dejaba tal cual, con el diseño de fábrica: él era, en todos los casos y estilos, más rococó que aquellos artistas extranjeros. Memo decoraba sus automóviles con cromados, figuritas sobre el capó y dibujos aerodinámicos, hasta agotar las posibilidades. Estas recargadas obras de arte ambulantes causaban admiración en el pueblo. “Cada mes que pasa, el auto de Memo es más precioso”, decían las comadres. Cuando no podía seguir adornándolo, Memo cambiaba de automóvil. “¡Y éste, Memo, qué auto!”, exclamaban las muchachas, y él las invitaba: “Súbete, ven a dar una vuelta conmigo”. Ninguna se resistía.

Rosita Amaro fue también su amante, aunque debido a su matrimonio posterior con Juan y su maternidad reiterada pocos ya lo recuerdan. Asimismo obra en su favor que Memo quería casarse con ella y fue Rosita la que rompió, dejándolo por su actual marido. Sobre este punto hay versiones contradictorias y ni las comadres ni los pro hombres han podido ponerse de acuerdo. El engatusamiento de que ambas fueron víctimas ha hecho más solidarias a Graciela y Rosita, pero nunca hablan de aquello.

Se dice que, al ser abandonado por Rosita, Memo Ortiz habría denunciado a los hermanos Amaro por sus actividades políticas. El amorfo de Memo y Graciela habría malquistado a éste con Roberto Amaro quien se vengó influyendo en Rosita y poniendo a Memo en ridículo. Memo Ortiz, presumido y fachoso, no pudo quedarse tranquilo. Casándose con Rosita había pensado terminar honrosamente su carrera de seductor y Roberto le embromaba el pastel. Memo se entendía bien con el poder y fue con el

cuento. Los soldados subieron al fundo de los Amaro y no hallaron a los hermanos; entonces trajeron preso a don Benito, el padre, porque debían bajar con algo después de tanto esfuerzo.

Dos años más tarde, Memo Ortiz murió de un cólico a la hora de almuerzo. Se rumoreó que había sido envenenado por un marido celoso. Entre los lugareños en el bar Metropól se recapituló la vida amorosa del difunto y por última vez se hizo el inventario de las mujeres caídas en sus brazos. Durante algunos días Memo fue “el occiso” o “el interfecto”, y se hicieron la idea de que se efectuaba una investigación zonal sobre el supuesto homicidio. Los pueblerinos creen que la indagación cesó cuando sobre la lápida de Memo Ortiz en el cementerio amaneció un día grabada la frase: FALLECIDO A CAUSA DE UN COLICO. “Desde ese día no podía haber más investigación de la causa de la muerte”, dicen, “porque ya estaba grabada sobre la piedra”. El teniente Héctor Narváz afirma que tales denuncias parecieron tiradas de los cabellos y nadie indagó nada. Un Araya de la pulpería sostiene que Memo Ortiz debe estar en los anales médicos, porque él es el primer muerto de cólico que conoce. Los pro hombres suelen echarlo de menos: “Sobre autos y mujeres Memo sabía la biblia; no ha habido otro como él”.

10

Florencio Camus se empeñó por su vecino, don Benito, e hizo las gestiones necesarias para obtener su libertad. El viejo contó esto a quien quiso oír, porque Floro únicamente dijo: “No había nada en contra suya, eso es todo”. “Así no más, lo más razonable, como si en las acciones de la dictadura no hubiese habido arbitrariedad sino un orden lógico estricto”, comenta Graciela, siempre interesada en desenterrar al amigo de su porfiada modestia. Luego ella piensa: Quizás no es modestia sino que, después del asesinato de Lucy, nada podría ser disparatado. La señorita del correo junta la correspondencia dirigida a Florencio Camus y la pone aparte, en una alacena de cedro, donde guarda todo lo que requiere especial cuidado.

Lucy, la esposa de Floro, había sido acribillada a balazos en su casa de Los Olmos, por los soldados que buscaban a Fanor Zamudio, funcionario del antiguo régimen. Ocurrió en los primeros días de la dictadura, cuando las fuerzas del poder actuaban sin muchas contemplaciones y no pocos errores. Zamudio, a quien se tenía por revolucionario, huyó de su oficina y llegó a esconderse en la casa de Los Olmos. A Lucy la mataron por equivocación, por nerviosismo de los reclutas, según explicaron más tarde. “Lo que no es una excusa, sino pasaje para el absurdo”, como dice Floro. Al advertir su error, los soldados volcaron su frustración en Zamudio, por quien, posteriormente, no fue prudente ni siquiera preguntar.

Luego, las autoridades locales, aprovechando la circunstancia de hallarse Floro ausente del fundo, insinuaron que Lucy y Zamudio mantenían

relaciones amorosas. Conocido el cariño que Lucy y Floro se profesaban uno al otro, este infundio no prosperó y fue juzgado inverosímil. Así mismo, Fanor Zamudio podía ser revolucionario, pero su figura como sátiro a salto de mata estaba lejos de ser creíble. “Las autoridades pretendieron cubrir una ruindad con otra, así estuvieron de ofuscados”, comentan los pro hombres.

Un gran dolor sufrió el pueblo con tan trágica muerte. Lucy era linda y todo lo relacionado con ella les parecía distinto, más acendrado e intacto, como venido de un cuento antiguo. Había estudiado para cantante de ópera y mantenía su voz. Por las navidades, daba conciertos en la municipalidad o en una de las iglesias de la zona. Se iluminaban los rostros de las comadres más cercas al verla llegar al pueblo en su tñlburi, vistiendo la capa verde oscuro y el birrete rojo con una pluma.

Lucy era sencilla y diferente, si encantó a los lugareños mientras vivía, como difunta los hechizó. Por largo tiempo no se habló de otra cosa que de “la desgracia”. Aún ahora, cuando dicen “la desgracia” se refieren a la muerte de Lucy.

Abundaron los recuerdos y evocaciones de la difunta y, más tarde, las historias de sus apariciones en el bosque de su predilección, un bosque de viejos olmos que dio nombre al fundo. Muchos juraron haberla visto paseándose bajo los árboles o cantando de esa manera potente como ella lo hacía. Empezaron algunas mujeres a colgarle milagros y a venerarla como la santa mártir del pueblo. Sus devotos todavía ponen flores en su tumba y le ofrecen mandas y rogativas.

Preocupados de la exaltación en el pueblo por este culto, los pro hombres visitaron al cura párroco, el padre Maruri. Dijeron:

- Es una exageración supersticiosa, padre.
- No hacen mal a nadie.
- ¡Confunden las conciencias, señor cura!
- ¿Creen, ustedes?
- ¡Por cierto, padre! ¿No cree, usted?
- En estos tiempos, no es posible confundir más las conciencias.
- ¡Es una devoción impropia, señor cura!
- Probablemente, hijos míos, pero no está muy mal que haya devotos. Los devotos son una especie en extinción, se los digo por experiencia... ¿Qué es una devoción, hijos míos? Detrás de toda devoción está el deseo o la búsqueda, el amor a Dios, hijos míos...

11

El padre Maruri no se sintió enteramente cómodo con sus respuestas a los pro hombres. Había evadido la cuestión de fondo llevado de su disgusto por tratar con devociones ingenuas y tan emocionales como ésa. No deseaba para nada enfrentar a las comadres. Para su coleteo él repite: “Es

preferible tomar el café con un demonio inteligente que con un ángel tonto". Visitaré a Florencio Camus, decidí.

Florencio en parte era responsable de la vida de ultratumba de su esposa. Tras su muerte, se hizo espiritista y dio pábulo para que se extendiese la creencia que él y Lucy continuaban comunicándose. Reunió en su casa una considerable biblioteca de arcana y ciencias ocultas; se desentendió bastante de las tareas agrícolas y pasábase horas y horas en la penumbra de su escritorio, concentrado en lo que llamaba "la olvidada doctrina" o "sabiduría de los rincones". Los pro hombres habían principiado a juzgarlo "un poco extraviado", aunque no decían esto en voz alta, en consideración a "la desgracia". El cura párroco había oído esto de "la sabiduría de los rincones" y tenía curiosidad por saber de qué rincones era la tal sabiduría; lo de "olvidada doctrina" le tenía sin cuidado porque, para él, todas las doctrinas sufrían alguna suerte de olvido.

Visitó Los Olmos y a Floro en su sancta sanctorum. Tras un breve preámbulo, mientras Rosita traía los cafés, el padre Maruri comenzó a establecer las bases teológicas del eventual debate. El cura estaba hambriento de honduras y, tanto por su propia nostalgia, como por el sortilegio que ejercía en él tan hermosa biblioteca, pronto estuvo citando a Santo Tomás de Aquino, a San Buenaventura, a San Anselmo... Florencio se sintió abrumado por aquel despliegue de conocimientos sólidos y perdió el hilo del discurso del padre Maruri pensando en por qué diablos habían destinado a esos andurriales un cura ansioso de profundidades teológicas. Habría que escribir una carta al obispo.

— Perdóneme, padre — dijo —. Esto que yo haya querido hablar con Lucy no es un problema teológico. Tampoco a mí se me "secó el cerebro de manera que vine a perder el juicio".

Por primera vez el párroco miró a Florencio con detención. Se acordó de su café y bebió un trago. Florencio prosiguió:

— Lucy partió de súbito. No nos pudimos despedir.

— Ya lo sé, hijo.

— Entre quienes se quieren no hay despedidas súbitas, no puede haberlas.

— Creo entender.

— No hay nada que entender, padre; sucede así. Tenemos que hablar para irnos despidiendo. Hay mucho que hemos dejado sin decir. No es una cuestión teológica; es cuestión de tiempo... Tenemos que conversar algunos asuntos todavía.

— ¿Qué hablas con ella, hijo?

— Oh, es todo muy privado, padre, extremadamente íntimo, como son las conversaciones de los enamorados cuando no hay tiempo que perder.

12

Fue “cuestión de tiempo”, como había dicho Florencio al padre Maruri. Lentamente, regresó a sus tareas del campo y volvió a vérselo en un tractor llevando la grada de discos o rastrillo, a cargo de la trilladora o arreado ganado vacuno. Visitó a don Benito Amaro y llegó a acuerdo con él para comprar a medias una segadora-trilladora. Han cambiado algo sus costumbres y ahora se le ve usar más su caballo y menos la camioneta para ir de un lado a otro de Los Olmos, y al pueblo desde entonces viene en el tñlburi de Lucy.

La reaparición de Florencio Camus muy compuesto cabalgando o en el tñlburi, sin “extravíos” ni “perdido el juicio por sequedad en el cerebro”, ha contribuído a que la razón de su viudez, en términos del pueblo, “la desgracia” pierda actualidad y vaya haciéndose por fin historia.

Así ha acontecido para el pueblo en general, no para la señorita del correo. Graciela misma dice: “Yo soy aquí la salvedad”. Ella ha continuado empeñándose en frustrar la reconciliación del pueblo con las fuerzas del poder. Esta reconciliación a costa de su hija, sobre la cual mascullaban los pro hombres, nunca la ha convencido. Desde la primera vez, cuando Alicia se aprestaba para salir con el teniente Narváez, Graciela repite: “Las fuerzas armadas y carabineros de este país, hijita, mataron a Lucy y al pobre Fanor Zamudio, ¡y de qué manera!; exiliaron a tu padre y tuvieron en la cárcel injustamente a don Benito, tu abuelo”.

“La Singa no tiene corazón sino cálculo”, decían las comadres al verla pasar sentada en el jeep. La creían complacida y altanera, como si disfrutase de la polvareda que enterraba a medio mundo. Alicia se avenía con Héctor Narváez; tenía con él cierta afinidad sensual y una aproximación semejante al mundo físico en torno. El era galante, un hombre fuerte que la hacía sentirse protegida. No obstante todo eso, Alicia no perdía reunión con Florencio en torno al brasero o bebiendo sorbete de guindas. Poco a poco iba persuadiéndose de que ese hombre suave se estaba enamorando de ella como un niño, con una transparencia que nunca antes había experimentado. “Ambos estamos muy heridos”, se decía ella, “y somos fuertes dulcemente, sin ningún arrebato ni impetuosidad”.

13

Una tarde, en el tñlburi, sentado junto a Florencio, vino al pueblo un hombre que desconocieron. Era un hombre notable y presumido que parecía divertirse con tantos rostros de extrañeza o perplejidad. “Es barbón, corpulento, grandazo el hombre”, dijeron las comadres. Los pro hombres le hallaron un aire, un aire, un aire... El Araya de la pulpería que los atendió, apocado, se replegó cuanto pudo, sin atreverse a preguntar. Luego informó: “Es amigo de Florencio y le hallé un no sé qué conocido”. Como venía con Florencio podía tratarse hasta de un resucitado, pensaron algunos.

Los dos se perdieron de vista para los curiosos cuando entraron en la casa de la señorita del correo y su hija. Por unos instantes, pareció que el hombre no iba a caber por tan pequeña puerta, y entonces los pro hombres supieron quien era y no contaron. Quedó viva la expectación ansiosa y suspicaz, mientras oscurecía y las voces en el Metropol se hacían más y más intemperantes. Los curiosos en sus puestos esperaron que la puerta se abriera otra vez dejando salir al hombre grande aquél. En la penumbra resistieron aún el llamado del bar, mas uno por uno desertaron sus puestos cuando el Metropol fue la única y bulliciosa luz en la proximidad. Nadie supo la hora exacta en que el tñburi se alejó del pueblo.

Esa velada, la tertulia fue particularmente entretenida y afable. Roberto Amaro se sorprendió de lo linda que ha llegado a ser su hija. “¡Tú no has cambiado nada!”, exclamó al ver a Graciela. Ella opinó que a él le sentaba a las mil maravillas esa gran barba sal y pimienta. Sentados y tranquilos, con los respectivos mates en sus manos, Roberto procedió con el relato de sus andanzas en el exilio. Todos están de acuerdo en que, durante el exilio, Roberto creció para todos lados, y su voz ahora es más ronca y más descomedida, aunque sin malas consecuencias porque se ha repuesto la democracia.

A la mañana siguiente, la señorita del correo continuaba conmovida y a menudo raptos de emoción hacían brotar lágrimas de sus ojos. Cuando recibía cartas para despachar o las entregaba a sus destinatarios explotaba en llanto sin aparente razón, lo que tuvo muy confundido al público de ese día. A cada instante debía excusarse para componer su apariencia ante el espejo del baño. “Espéreme un momentito”, decía a quien estaba atendiendo y se alejaba hacia el interior llorando desconsolada. Su hija estuvo remplazándola y los más piadosos solieron decirle: “Atienda a su madre no más que yo puedo aguardar, no tengo apuro”. Cómo podía Alicia explicarles que su madre no lloraba de pena sino de felicidad por el regreso de mi padre, aunque también de tristeza por “no haber estado a la altura”, como ella dice y agradecimiento porque aún así el amor es clemente, generoso con ella, la pobre... Y Alicia nada decía; sólo levantaba un poco las cejas hacia la persona que iba a atender, mientras el cuerpo de su madre trepidaba entero en la trastienda.

14

La familiar Amaro en pleno principio a participar en las tertulias. Venían todos juntos, en el mismo vehículo, incluso Rosita y Juan, a quienes antes traía Florencio. Graciela tuvo que adquirir nuevos mates. Floro comenzó a llegar solo, montado en su alazán vinoso, Padrino, y ha solido quedarse hasta más tarde que los otros. Por eso hace el recorrido cabalgando; como él dice: “A Padrino no tengo que guiarlo de regreso, él sabe volver en la noche y así me despreocupo y, cuando el cielo está claro, voy mirando las constelaciones, o pensando en lo que quiero”.

Entre largas pausas, más mirándose uno al otro que hablando, Floro conversa con Alicia. Una noche ha cogido una mano de ella y le ha dicho:

— ¿Sabes, Alicia?, he creído que iba a ser y luego pasaría, pero no pasa, porque en cada oportunidad me vuelvo a enamorar de ti.

Ella se sorprendió, pero no retiró la mano y, en vez de continuar con el tema, preguntó:

— ¿Quién te cuida ahora, Floro?

— Nadie, ¿por qué? No necesito mucho cuidado. La Clorinda, la cocinera, está vieja, y Rosita con cinco chiquillos...

— No me refiero a esa gente. ¿No tienes a una mujer?

— No... ¿Una firmeza, dices tú? No.

— Yo quiero que me des trabajo. Podría ser tu ama de llaves, una administradora de la casa... Yo podría cuidarte, Floro; te cuidaría bastante bien, puedo decirte.

— Yo también puedo cuidarte a ti, y no creo que lo haga mal.

— Yo te voy a cuidar, Floro. Dame un trabajo bueno ahí, en Los Olmos... Me voy a vivir contigo, ¿qué te parece? Yo te cuido, Floro...

— Desde mañana mismo puedo cuidarte, Alicia.

— Yo quiero cuidarte, Floro.

15

Se han demorado las comadres en enterarse de este cambio en la vida de la Singa. No estuvo entre sus predicciones. La señorita del correo ha informado que su hija es ama de llaves de Los Olmos. Las comadres no creen que así sea: “¡Ama de llaves que presumida!”, alegan. “Cocinera debe ser, remplazante de la Clorinda que se morirá uno de estos días; cocinera y para todo servicio, concubina para cocinar, barragana para barrer...” No cabe en sus cabezas que esa Singa de tan mala vida pueda ocupar el lugar de Lucy, la difunta ejemplar, tan venerada por todos. “Aunque de una calculadora sin corazón cualquier cosa puede esperarse”, agregan por si acaso. Alicia no se molesta por las malas interpretaciones de sus actos: desde temprano ha debido entender que si no nacen del amor y la comprensión, pueden nacer del resentimiento y fastidio, de la mala voluntad para mirarte sin verte, y entonces paciencia...

El Teniente Héctor Narváez temió de inmediato tal eventualidad: “Ese vivo que se hace la mosca muerta de Florencio Camus quiere dejar de ser viudo”, dijo, y con decisión e ímpetu aceleró su jeep por la alameda que conduce a las casas de Los Olmos. Alicia lo vió venir o reconoció la polvareda y salió a recibirle. Quiso tener una explicación el aire libre. El jeep frenó casi encima de ella.

— Hola, Héctor.

— Hola, Alicia.

El teniente bajó del jeep y se aproximó a ella. Alicia con voz firme le dijo:

— Gracias por todas tus atenciones.

— Alicia, yo creía que lo nuestro...

— Yo también creía.

— Hablábamos de una nueva vida donde caminaríamos juntos uno al lado del otro...

— Quiero estar con Floro. Es una nueva vida para mí. Y aunque no lo fuera... Quiero estar con él.

— Pero, Alicia, conmigo puedes salir de este hoyo. Yo te puedo llevar a otros mundos, otra vida que tú me decías estaba esperando dentro de ti.

— No quiero que nadie me lleve a ninguna parte. A donde voy, voy por mí misma.

— Y toda la pasión que despertábamos uno en el otro... Cuantas veces hablamos de otra vida, lejos de esta provincia infame.

— Esta es mi vida, la que yo he escogido, y aquí viviré mi pasión también, entre muchas otras cosas.

— Me quieres decir que entonces he perdido el tiempo miserablemente.

— No sé como lo llares. Sé que esta es mi vida, Héctor, y lo sé muy bien.

Así han estado discutiendo largamente. De súbito, el teniente de carabineros, Héctor Narváez, con un impulso montó en su jeep. Arrebatado, lo hizo evolucionar vertiginoso en una gran nube de polvo y arrancó perdiéndose en la carretera con sus promesas de una nueva vida. Alicia se ha quedado mirando hacia la alameda, viéndolo alejarse. Luego se vuelve en dirección a las casa y corre. Floro la aguarda en el umbral.

16

Después de la cosecha, habrá dos matrimonios: el del agricultor, Roberto Amaro, con la empleada de correos y telégrafos, Graciela, y el del agricultor, Florencio Camus, con el ama de llaves del fundo Los Olmos, Alicia. Así la Singa llegará a ser hija legítima y, por segunda vez, mujer casada, como Alicia Amaro de Camus.

Explicándose ella dice: “La pasión de los hombres me tuvo sin dormir; ahora es la ternura apasionada de Floro la que cuida mi sueño actual y todo el sueño atrasado”.